

Luis Omar Cáceres. *DEFENSA DEL ÍDOLO*. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile – DIBAM, 2013. 133 p.

“Tenía una manera extraña de recitar, de pronunciar las palabras, saboreándolas, paladeándolas casi. Y el aura angustiosa que lo rodeaba era tan impenetrable e irrespirable como los espacios gélidos del cosmos. Estaba envuelto en una atmósfera de muerte y de soledad total. Su drama podía adivinarse en sus poemas; porque había alcanzado ahí donde la vida humana ya no encuentra su oxígeno habitual y presencia de otros universos arrebatan el alma y la destruyen, helándola e inhabilitándola para toda convivencia humana¹”.

Con estas palabras, correspondientes a su libro *Ni por mar ni por tierra (Historia de una generación)*, Miguel Serrano describe a Omar Cáceres, cuyo poemario *Defensa del ídolo*, lo sitúa en la categoría de los “poetas de un solo libro”, como Jaime Rayo, autor de *Sombra y sujeto*. A ambos, Cáceres y Rayo, Serrano los define como poetas perdidos de una “generación de desarraigados y de sabios”, ambos signados con un destino trágico.

El año 2013, fueron recuperados *Sombra y sujeto* (Editorial de la Universidad de Valparaíso) y *Defensa del ídolo* (Biblioteca Nacional de Chile – DIBAM), en ediciones que pueden considerarse casi definitivas. Aquí nos detendremos en la espectacular edición facsimilar del libro de Cáceres, en gran formato y tapa dura, con notas de Pedro Lastra (quien ya había preparado una edición de *Defensa del ídolo*, para LOM, en 1996), una completa Iconografía con fotos y retratos del autor, y que, como dato historiográfico exquisito, incluye los tres prólogos (de Pablo de Rokha, del propio Cáceres y de Vicente Huidobro) que se escribieron para la edición de 1934, y de los que solo se publicó el de Huidobro.

Esta pugna o cuestión de los Tres Prólogos, revelada en esta edición, creo que se convertirá en un motivo clásico de la crítica literaria chilena de los próximos años. Ahora, gracias al cuidadoso examen del legado de Omar Cáceres, depositado en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile, sabemos que el prólogo de Huidobro fue el tercero de una serie que comenzó con el de Pablo de Rokha (rechazado por Cáceres), siguió con el del propio autor, y terminó finalmente con el definitivo de Huidobro. Varias preguntas saltan a escena en primer término. ¿Por qué rechazó Omar Cáceres el prólogo de Pablo de Rokha? ¿Por qué escribió él mismo un nuevo prólogo? Y finalmente, ¿por qué decide aceptar el prólogo de Vicente Huidobro? En parte, estas preguntas son aclaradas por una postdata que Cáceres añade al manuscrito del prólogo 2 (el suyo propio). Ahí escribe a su hermano Raúl: “Dime francamente qué

¹ Miguel Serrano. *Ni por mar ni por tierra (Historia de una generación)*. Santiago: Nascimento, 1950.

te parece este prólogo escrito por mí. –Estoy dispuesto a prescindir del que me hizo Pablo de Rokha. –En caso doblemente negativo, me conseguiré uno de otra persona.–”

Con esta postdata, sin embargo, no se aclara el misterio central: por qué el prólogo de Huidobro le parece a Cáceres mejor que el suyo propio, y por qué este le parece más adecuado que el de Pablo de Rokha, al que parece rechazar de plano. Insistimos en este punto, pues a nuestro juicio una respuesta medianamente satisfactoria a este asunto compromete un examen minucioso de la compleja personalidad artística de Omar Cáceres, y exige una aguda lectura de su poesía y de la atmósfera poética y vital en que nuestro autor se desarrolló. Trataremos, en esta breve nota, de adelantar unas pocas reflexiones que sirvan como punto de partida a futuros análisis.

En primer lugar, el arte de Omar Cáceres pertenece a las regiones sumergidas de la poesía chilena, junto a la obra de Carlos de Rokha, Jaime Rayo, Julio Molina Müller y tantos otros extraordinarios poetas que no alcanzaron las glorias del Parnaso y que al parecer tampoco las buscaron. Es Cáceres un poeta afectado –como los aquí mencionados– por una extraña lucidez que le deparaba el conocimiento directo de visiones e imágenes de otro mundo. Y ante la contemplación objetiva de tales imágenes, siente el poeta que debe callar y convertirse en silencioso testigo de lo inefable. Esa reverencia religiosa, íntima, convierte a Cáceres en titán de esa maravillosa raza de poetas que sienten lo que Carlos de Rokha llama “ordenamientos sumergidos” y los “presentimientos de Orfeo”. El cantar hacia dentro, escuchar en las íntimas concavidades de su alma, convertirse en el resonador de remotas sinfonías de infinita nostalgia. Es quizás por esto que este delicado poeta, sienta, debe haber leído con cierto pasmo las ambiguas y deuteronomías sentencias de Pablo de Rokha, quien escribe en su prólogo fallido para *Defensa del Ídolo*: “Más que el artista realizado, es, aún, el artífice neogótico, más que el artista verificado, de gran envergadura dramática, es aún, el orfebre y el ardiente miniaturista de la ancha alcornia”. Frente a estas palabras que suenan mucho y dicen poco, el trovador de la “flor desesperada” justifica su propia posición con líneas de raigambre órfica. Así escribe –en su prólogo destinado a reemplazar el de De Rokha– que su actitud “es la de aquel que fue demasiado lejos en el corazón de los hombres, y en su propio corazón; la de aquel religioso de las soberbias esperanzas; y que, de súbito, enumerando el universo, tropieza consigo mismo, porque un índice de revelación ha quebrantado su proeza con su fuego individual”. Y poco más adelante: “Aquellos que han amado mucho y que han meditado en el porqué de su sufrir al perder para siempre lo que amaron, esos, tendrán que comprenderme”.

Leyendo el muy sentido y personal prólogo de Omar Cáceres para su propio libro, y más aún, leyendo sus poemas despojados de todo ornato, repletos de sentencias semejantes a rayos primigenios, como aquella también recordada por Serrano, “solitario como una montaña diciendo la palabra *entonces*”, podemos de algún modo imaginar el efecto que le produjo a Cáceres el resplandeciente prólogo de Huidobro, un verdadero manifiesto poético, un texto sincero, fundacional, autosuficiente, la declaración de principios de

un poeta en estado de gracia que se dirige a un igual. Dice Huidobro: “Estamos en presencia de un descubridor, un descubridor del mundo y de su mundo interno del hombre contemporáneo. Un hombre que vive oyendo su alma y oyendo el alma del mundo. Esto significa un hombre que oye en profundidad, no solo en la superficie de las apariencias”. Y luego: “Nada hallaréis en este libro de retórico, de aprendido, de cantor fácil y elegante. Su autor no es el artífice mañoso y lisonjero, es el hombre que tiene el poder de romper las ligaduras del mundo aparente y que logra ver las realidades recónditas”.

Algún día quizás se arribará a la conclusión de que el prólogo de Pablo de Rokha para *Defensa del ídolo* fue escrito por el gran vate en un mal momento, y que el de Huidobro fue inspirado directamente por las hijas de Mnemósyne, o que sencillamente De Rokha no conectaba con la vena poética de Cáceres y Huidobro sí. Lo cierto es que en este asunto de los Tres Prólogos hay mucha tela por donde cortar. Se trata de una encrucijada donde confluyen tres voces imprescindibles de la poesía chilena, mostradas en curiosa –y misteriosa– contigüidad gracias a esta excelente edición de la obra de Omar Cáceres.

En un ensayo titulado *Espejismos y realidades de la poesía chilena actual*, escribe Jorge Teillier (quien, al igual que yo, descubrió a Omar Cáceres en el libro de Serrano citado al principio de estas notas): “Faltan sí los estudiosos de poesía que no sean meros acarreadores de datos o se limiten a tratar a los poetas ya archiconsagrados, sino que con audacia traten valores como Rosamel del Valle, Omar Cáceres, Díaz-Casanueva, Gustavo Ossorio, Braulio Arenas, en cuya trascendencia aún no se ha profundizado²”. Mucha agua ha corrido desde que el entrañable Teillier escribiese esas líneas en 1968. Lo cierto es que, como amante de la poesía chilena menos visible, considero que esta edición de *Defensa del ídolo* viene a hacer completa justicia a un poeta valiente y sombrío, a un lúcido argonauta que navegó por las más oscuras aguas con la antorcha encendida de su poesía como único faro. La importancia cultural de esta edición, me atrevería a equipararla con aquella mítica edición del *Umbral* de Juan Emar, a mediados de los años 90, también engendrada en heroica coproducción Biblioteca Nacional de Chile – DIBAM. Con satisfacción podemos constatar que en Chile existen valiosos y poderosos gestos destinados a salvaguardar la quintaesencia de la poesía nuestra, esa poesía que, como dice Vicente Huidobro, es “defensa del ÍDOLO y creación del MITO”.

Carlos Lloró
Universidad Católica de Temuco

² Jorge Teillier. *Prosas*. Santiago: Editorial Sudamericana. Biblioteca Transversal, 1999.